

Etapa 16. Rossão - Laboncinho

31 de agosto de 2025

En Rossão nos esperaban un bar, con el resumen del Toulouse 3 – PSG 6 del día anterior en la tele donde el café sólo lo sirven sin leche, y una niebla meona que no invitaba al paseo. Era domingo, 31 de agosto, cuando verdaderamente se despide el año, su noche la auténtica nochevieja, y salvo la alegría de andar aun rodeados de nubes ninguna otra.

La etapa no era de atravesar afluentes del Duero. El Paiva, último gran protagonista del viaje de mi casa al mar discurría a unos diez kilómetros al sur de nuestro camino y a unos setecientos metros menos de altitud. Esta mañana tocaba ir asomados a una cornisa desde donde disfrutábamos de valles, pueblos agarrados a las laderas y terrazas de labranza y veíamos cómo los jirones de la niebla que nos asustó por la mañana se desvanecían.

A poco de salir cuesta arriba de Rossão llegamos al tope de altitud de la mañana, 1.143 metros, y bajamos por la *rua Chão de Paiva*, ¿calle Suelo de Paiva?, hacia Carvalhosa, una de esas aldeas acostadas en la falda de la montaña con todas las casas juntas, como para protegerse del frío unas a otras, con las calles empinadas, muy estrechas y pavimentadas de granito. Tomamos la N – 321 que sube hasta lo más alto de la *Serra do Montemuro* y a los 1.100 metros de altitud nos desviamos hacia Faifa, a hacer una de las primeras uves del recorrido.

Al lado de uno de esos campos de fútbol donde jugar se convierte en un arte de precisión y técnica porque si sale el balón despejado sin control puede acabar en el fondo del valle, Carlos y yo tomamos un plátano y unos frutos secos. Delfín, nuestro taxista preferido, andaba por ahí curioseando por la zona. Después del tentempié la uve de Faifa: uno o dos regatos que vienen de arriba del monte han generado un tajo que se ensancha según se baja la ladera. Los fundadores de Faifa, como los de tantos pueblos de montaña, buscaron una zona más o menos horizontal en el discurso del río o ríos, y ahí colocaron sus casas, en el vértice de la uve, con la montaña dándoles cobijo. Así nos acercamos a las casas a esa altura, atravesamos sus calles y salimos por el otro lado. Gusta mirar entonces para atrás y disfrutar del camino recorrido.

Al atravesar Portugal por tantas aldeas detenidas en el tiempo te vas haciendo a la idea de que no queda otra que disfrutar esa belleza con fecha de caducidad y aceptar que el abandono de caminos, paredes, casas y tierras son signos inevitables de nuestros días. Sin embargo, la luz de la mañana, desvanecida ya la niebla, nos iba a ayudar a disfrutar de un pueblo que se resiste a aceptar esa sentencia. Tras otro recodo creado por dos regatos sin nombre en el Maps, nos encontramos, en la panza de la montaña recortada por dos riachuelos, allí abajo a la izquierda, con Mós. Daba gusto ver sus terrazas sembradas, cuidadas; unas con maíz u otras hortalizas y las demás verdes, ni secas ni abandonadas. Y al lado o entre ellas los caminos, que estaban vivos, que iban a algún sitio, pisados y limpios.

Con Delfín, que había salido a nuestro encuentro, caminamos por otro par de recovecos y llegamos a Laboncinho. Ahora que escribo esta crónica y miro la vista

aérea de la etapa me doy cuenta de que podríamos haber llegado a Sobrado, a menos de un kilómetro más allá, otra aldea que se resiste a abandonar sus cultivos en terrazas y ofrece una magnífica estampa.

El fin de año lo íbamos a encontrar en Parada de Ester, donde fuimos a comer. Había el jaleo de los días de feria que diría Radio Futura, algo más que un domingo normal fácilmente. Al bajarnos del coche vimos que más abajo, alrededor de la iglesia adornada con banderines y guirnaldas, una banda municipal acompañaba una pequeña procesión que se recogía en el templo. Las notas de los instrumentos de viento, solemnes y cálidas, se dispersaban por el valle y ayudaban, nostálgicas, a decir adiós.